



## 5. No dejaremos al franquismo en paz

# La Comuna de los presos, o de la memoria del antifranquismo como huella, deber y deseo

*Mario Martínez Zauner*

Desde el año 2000, hemos asistido en España a una explosión del movimiento memorialista, que se ha manifestado en la formación de una gran variedad de asociaciones, movimientos, plataformas, foros, etc. El ecosistema es variado y complejo, en función de las motivaciones, intereses y fines de grupos cuyo tamaño es variable, y que en conjunto componen un complejo mapa de prácticas y discursos, de actos y manifestaciones, de proyectos y reivindicaciones.

En este marco social es donde viene a aflorar, a comienzos del 2011, la asociación La Comuna. Una asociación compuesta por expresos políticos del franquismo, especialmente durante su última etapa, aproximadamente entre 1968 y 1977, o lo que algunos autores denominan como tardofranquismo. Tras la ingente producción en torno a la guerra civil que se ha dado en nuestro país durante los últimos años, en el ámbito académico de los últimos años parece aumentar el interés por este último periodo de la dictadura y su relación con la transición política hacia la democracia.

Aquí de lo que se trata entonces es de explicar en qué consiste esta asociación, por qué se constituye y para qué fines trabaja. Sus orígenes, motivaciones e intereses como asociación, y sus particularidades respecto a otros grupos y movimientos por la memoria. Y por tanto, sus relaciones con la memoria, de cómo la construyen y elaboran colectivamente, y de cómo la convierten en el motor de su acción social y política. En este sentido, es en el que hablamos de una huella, un deber y un deseo en relación con la memoria, a partir de un vínculo específico con un lugar de represión y encierro, la cárcel, y con una forma de interacción social también específica basada en la solidaridad de las comunas. Finalmente, estos elementos se contextualizan en un marco más amplio

que trasciende los movimientos por la memoria, y que se acopla a procesos actuales que, si bien desde una perspectiva diferente, vienen a cuestionar la supuesta ejemplaridad del tránsito desde la dictadura a la democracia en España.

## **Del territorio al colectivo, de un lugar de memoria a una memoria del lugar**

Al aproximarse al estudio de cualquier movimiento o asociación que se funda en la memoria sobre hechos del pasado, es fundamental tomar en cuenta los marcos espaciales y colectivos de su producción. Antes que ser un elemento psicológico, íntimo o personal, la memoria pertenece más a la experiencia colectiva y se vincula al lugar o territorio donde acontecieron los hechos que se traen al recuerdo.

En el caso de una asociación de expresos como La Comuna, es evidente que el lugar fundamental de referencia es la cárcel. Así como se ha hablado de un mapa de fosas de la guerra civil y del franquismo, se puede elaborar también un mapa de cárceles y de lugares de la represión específicos de la dictadura: Segovia, Soria, la Modelo de Barcelona, Zaragoza, Jaén, Puerto de Santa María, etcétera. Entre ellas, ocupa un lugar destacable la cárcel de Carabanchel, en cuanto que como cárcel provisional donde se internaban a aquellos presos a la espera de juicio, pasaban por ella presos políticos y comunes de todas partes del país.

En octubre del 2008, a pesar de todo un movimiento social, tanto vecinal como memorialista, que demanda que al menos la parte central de la cárcel sea conservada como un centro de la memoria del antifranquismo, la prisión es derribada por completo. A partir del derribo, las demandas vecinales se enfocan sobre la construcción de equipamientos sociales en el solar de la cárcel, mientras que la vertiente memorialista pasa a reunirse periódicamente en el lugar ya abandonado, para conmemorar casi de forma ritual el derribo de un símbolo de la resistencia antifranquista y manifestar así su oposición a una política del olvido por la que miembros del PSOE como Alfredo Pérez Rubalcaba apostaron decidida y decisivamente.

A estas reuniones periódicas en torno al no-lugar de la cárcel destruida, asisten varios expresos y familiares de expresos políticos del franquismo, lo que produce reencuentros inesperados, en muchas ocasiones después de más de treinta años sin haberse vuelto a ver. Muchos de estos presos sienten la fuerza de un vínculo forjado en la solidaridad de la convivencia en una situación de encierro y castigo en condiciones de vida penosas. Y parece que de la fuerza de este vínculo, recuperada en torno a un lugar abandonado y ya solo vivo en los recuerdos de los que pasaron por allí, despierta una conciencia colectiva durante muchos años dormida.

Es así como a finales de 2010 y comienzos del 2011, empiezan las conversaciones entre varios miembros de antiguas organizaciones antifranquistas y

de extrema izquierda, como la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) y el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP) o Partido Comunista marxista-leninista (PC-ml), para fundar una asociación de expresos políticos del tardofranquismo. Se ha realizado así la transferencia desde un lugar de memoria a un colectivo de memoria, a una memoria colectiva del lugar. Y por tanto, lo fundamental no es ya tanto las cárceles del franquismo en sí, como los vínculos de solidaridad y apoyo mutuo que se gestaron dentro de las cárceles, y que se conocían como “comunidades”. Estas consistían en fondos de alimentos, de ropa, de tabaco y otros bienes, y en modos colectivos de organización para la resistencia y la reivindicación dentro de las cárceles. De ahí entonces, de las comunas en las cárceles a la asociación La Comuna.

Una de las características de la organización en comunas, entonces, y también de la asociación La Comuna, es su carácter abierto e integrador. Por eso, aunque en un principio los encuentros para llevar adelante la asociación se dan entre exmilitantes de la LCR y el FRAP, pronto se invita a unirse a miembros de otras fuerzas políticas de la época: Partido de los Trabajadores de España (PTE), Organización Revolucionaria de los Trabajadores (ORT), Partido Comunista Internacionalista (PC-i)... Y evidentemente, PCE y Comisiones Obreras, que durante aquella época eran las fuerzas principales en la resistencia a la dictadura. Este esfuerzo integrador tiene durante el 2011 y 2012 un éxito relativo, sobre todo respecto a las dos últimas fuerzas mencionadas, lo que pone de manifiesto tanto una diferencia ideológica como generacional. Y es que a finales de los 60 y hasta el final de la dictadura, la mayoría de presos políticos menor de 30 años milita en organizaciones a la izquierda del PCE.

Este corte generacional, explica también la creación de La Comuna, a pesar de que ya existía una asociación de expresos políticos. La mayoría de los miembros de esta antigua asociación, pasaron por las cárceles del franquismo antes de 1962, y cuando se les preguntó su opinión sobre si mantener o no Carabanchel en pie, apostaron por la segunda, y por borrar toda huella del horror. Una experiencia distinta, y una actitud diferente respecto a la conservación de un lugar de memoria.

Esta actitud hace que desde el principio, la intención de los miembros fundadores de La Comuna sea evitar constituirse únicamente como una asociación de viejos amigos y compañeros que se reúnen para cenar y relatar anécdotas. La sensación que tienen es la de que hay una parte de la historia del franquismo, en concreto su última etapa, que se ha quedado fuera del movimiento memorialista, y que también debe ser contada. Y además, hay también desde el principio un deseo y una sed de justicia, la sensación de que aquellos que les torturaron y encerraron salieron totalmente impunes de sus crímenes, y de que como ellos, aún viven y aún pueden y deben pagar por ello.

Por tanto, en la asociación La Comuna, la relación con la memoria no remite solo a una huella de la represión y encierro; expresa también un deber de

transmitir a la sociedad la experiencia propia, y un deseo de justicia que se lanza contra la impunidad de los crímenes del franquismo. La memoria como huella, como deber y como deseo.

## **La memoria como huella de la represión y la resistencia**

Hasta aquí hemos señalado los vínculos entre memoria, lugar y colectivo para explicar la aparición de la asociación de expresos de La Comuna. Pero la memoria es también memoria de los cuerpos, y es el cuerpo el que recuerda. Por eso, los recuerdos de una experiencia de encierro en las cárceles del franquismo, se componen de olores, sonidos, imágenes, sensaciones y sabores. Se recuerdan los golpes, el olor a humedad, el sonido de las puertas metálicas cerrándose a las espaldas, el sabor de un vaso de vino o de un plato que la familia ha llevado hasta allí, la oscuridad de una celda de castigo... Y estos recuerdos de los cuerpos afloran en las conversaciones del grupo, con un ritmo y una intensidad particulares, y el testigo del relato va rotando con un orden impredecible. Todos estos recuerdos refuerzan una identidad, o mejor dicho, una diferencia en común. Puesto que esta experiencia es lo que les diferencia de otros testigos y otros actores de la memoria del franquismo.

Evidentemente, el encierro deja una huella. Y esta huella se vive constantemente de forma ambigua: en ocasiones son víctimas, en ocasiones resistentes. Es la doble huella del trauma, la del mártir y del héroe. Evidentemente, estas son figuras en los extremos de una línea de discurso que les sirve para dar sentido a su experiencia, a su huella. Son víctimas de los golpes, las palizas, las torturas, los castigos, los chantajes, las vejaciones, los insultos; y son héroes y resistentes porque a pesar de todos estos golpes, que dejan huella en sus cuerpos y en su psique, su esfuerzo es el de mantenerse dignos, el de no agachar la cabeza, el de no delatar al compañero, el de no reconocerse como delincuentes, el de afirmarse como presos políticos. En última instancia, lo que señalan es que las verdaderas víctimas son sus familiares, todos aquellos personajes secundarios de su drama, que sufren la ausencia de sus hijos, de sus padres y sus maridos, que sienten el dolor por el dolor del otro.

Pero no solo la cárcel provoca huellas que se recuerdan. El preso político ha sido antes disidente y activista, y está inmerso en una red de resistencias que se enfrenta a una red de vigilancias y castigos. El dispositivo de control y represión del franquismo comienza en las escuelas, se extiende a las universidades estudiantiles, a las universidades laborales, a los reformatorios, a las iglesias, a los cuerpos policiales, al aparato judicial... Es un sistema que se pretende total y totalitario, pero que ya desde el año 62, con la reactivación del movimiento obrero en las comisiones obreras, y del movimiento estudiantil en diversas organizaciones, se ha mostrado un fracaso. Un sector de la sociedad, amplio aunque no mayoritario, resiste. Y a partir del año 68, la lucha se endu-

rece notablemente. Desde ese año, hasta la muerte del dictador, en España se vive bajo un Estado de excepción casi constante. Julián Grimau, asesinado en el 63, es un héroe/mártir de la resistencia, pero todavía quedan varios por llegar, entre ellos: Enrique Ruano en el 68, Puig Antich muerto por garrote vil en el 74, y cinco fusilados, dos de ETA y tres del FRAP, en septiembre del 75. Estos son los casos más conocidos, pero hay varias decenas de muertos más esos últimos años, por no hablar de todos los encarcelados. Como los detenidos del proceso de Burgos en 1970, cuya ejecución es evitada gracias a la presión en las calles y de la prensa internacional; o del proceso 1001, por el que se está intentando juzgar a toda la clase obrera por el simple hecho de asociarse y manifestarse. Todos estos ejemplos son acontecimientos que también dejan huella, que también se inscriben en los cuerpos.

Así que el cuerpo del activista político, más tarde preso político, empieza a forjarse en las fábricas, en las universidades, en los barrios. A finales de los 60 y durante los 70, el PCE, empeñado en la política de la reconciliación nacional, hacia fuera, y del centralismo democrático, hacia dentro, ha perdido un amplio espectro de la disidencia política, y surgen con fuerza las organizaciones que mencionamos más arriba. Las formas y los modos de resistir son múltiples y en ocasiones antagónicos. Pero la vía represiva que se les aplica es casi siempre la misma: detención, visita a los calabozos de la Dirección General de Seguridad, en la puerta del Sol, con interrogatorio y maltrato casi sin excepción, declaración ante el Tribunal de Orden Público y encarcelamiento provisional en la cárcel de Carabanchel, a la espera de un juicio que no se sabe cuánto tardará en llegar, y tras el cual se les trasladará a un penal.

Al recordar todo este proceso, la mayoría de los presos señalan que llegar a la cárcel en el fondo es un alivio, que ya han pasado la dura prueba de la DGS. Y no solo eso, puesto que tras pasar un periodo de aislamiento, se van a encontrar con otros compañeros recluidos, van a asistir a seminarios de marxismo y de economía organizados por las comunas, van a compartir alimentos y bebidas, van a cantar canciones revolucionarias, van a llevar a cabo huelgas de hambre y plantas a la dirección y van a vivir, en definitiva, una experiencia de solidaridad, de cooperación y de apoyo mutuo que será el sostén y la fuerza de un vínculo que años más tarde dé lugar a una reedición de esa experiencia de lucha en común: por el deber de contarla y por el deseo de hacer justicia.

## **El deber de contar**

Queda claro hasta aquí que la memoria de la represión y la resistencia se manifiesta de múltiples formas y se compone de múltiples factores: el lugar, el colectivo, la huella en los cuerpos... Pero hay también un aspecto imperativo en la memoria: el deber de contar, narrar la propia experiencia como una autoimposición, como algo que se deben a sí mismos y a los demás. Incluso

“La sensación que tienen es la de que hay una parte de la historia del franquismo, en concreto su última etapa, que se ha quedado fuera del movimiento memorialista, y que también debe ser contada”

algunos de ellos, todavía estando en la cárcel, recuerdan haberse hecho la promesa de contarlo algún día.

Es esta una consigna contra el olvido, que sigue la máxima de “recordar para no repetir”. Y en esta máxima hay también un componente pedagógico, el intento de enseñar a través de la propia vivencia, y de comunicarla a las siguientes generaciones, para evitar a toda costa una repetición de la historia. Por esa razón, una de las actividades que se proponen los miembros de La Comuna, es la de asistir a institutos y a universidades, encontrarse con los jóvenes, hacerles saber que hasta hace muy poco en España se tor-

turaba y se fusilaba, hacerles conscientes de que ciertos derechos y libertades son muy difíciles de conquistar y muy fáciles de perder. Y según aumentan las desigualdades en España, y aumentan las protestas y con ellas la represión, el deber de contar se hace aún más imperativo.

Pero no solo está el componente pedagógico. Hay también un aspecto de resistencia en la propia narración de la historia. Ya que desde distintos lugares, que van desde la derecha hasta la izquierda moderada, se escribe sobre los últimos años de la dictadura y sobre la transición política a la democracia, como un periodo más bien tranquilo, de progresiva apertura y desarrollo económico, una “dictablanda” que culmina en un proceso que se considera ejemplar. Incluso, se publica en el Diccionario de la Real Academia de la Historia que la dictadura de Franco fue solo un régimen autoritario, y que el Caudillo no era tan malo como lo pintan.

Llegados a este punto, la huella en el cuerpo produce un espasmo en aquellos que pasaron por las cárceles de Franco, que vivieron en carne propia las inclemencias de un sistema totalitario. Totalitario quizá no en la práctica porque siempre hubo formas de escapar de él, pero sí en su pretensión, criminal hasta sus últimos días. De nuevo, el garrote vil a Puig Antich, los fusilamientos del 75, como acontecimientos ejemplares. Y el deber de contarlos, para evitar tergiversaciones de la historia, una historia que se presenta hoy en día como un campo de batalla en dos frentes: por un lado, contra autores de la derecha como Luis Suárez o Pío Moa; por otro, contra autores de la socialdemocracia como Santos Juliá, que se resisten a cuestionar la transición como un proceso con más rupturas que continuidades.

La memoria del lugar, del colectivo y de los cuerpos, la memoria del encierro y el castigo, como arma arrojada y de resistencia frente a una historia oficial que parece olvidar la conflictividad social imperante durante los años sesenta y setenta en España. Los presos de La Comuna se sienten testigos de

esas luchas, y sienten el deber de mostrar que hay un fascismo que no se limita a la guerra civil y a las fosas, que hay una dictadura mucho más próxima a nuestra realidad actual.

Así como muchos presos del franquismo siguen vivos, también lo están sus torturadores y los jueces que les condenaron por el simple hecho de manifestar su oposición, de reclamar libertades de expresión, de huelga y de manifestación. Muchos de estos torturadores, policías y miembros de la Brigada Político Social, siguieron perteneciendo a los cuerpos de seguridad del estado. Y muchos de aquellos jueces pasaron del Tribunal de Orden Público a la Audiencia Nacional, al Tribunal Supremo y al Constitucional. Policías y jueces de la democracia que pocos años antes fueron cómplices de un sistema represivo y asesino. Aquí el deber de contar se ha convertido ya en labor de denuncia social, política y judicial. Y esta labor de denuncia se ve inspirada ya no solo por un deber de contar, sino sobre todo por un deseo de justicia.

## **La memoria como deseo de justicia: la querrela argentina**

Resumiendo, hemos visto que la memoria es del lugar, del colectivo y de los cuerpos. Y también, que la memoria es una huella y un deber. Todos estos elementos explican el por qué La Comuna. Una huella del pasado se actualiza como un deber de narrar en el presente. Y todo el conjunto, lanzado hacia el futuro, se manifiesta como un deseo de justicia que nos da el para qué de La Comuna. Ya que la pretensión inicial de la asociación nunca se limitó a una reunión de viejos camaradas que se cuentan viejas historias. Siempre hubo un para qué, aunque no fuera explícito desde el principio: acabar por liquidar aquellos aspectos de la dictadura que en la transición no fueron convenientemente terminados y que encuentran en la ley de amnistía de 1977 un escollo muy difícil de vencer. Esta ley es la que ha frenado todo intento de enjuiciar los crímenes del franquismo, y es en la que se basó el Tribunal Supremo para frenar la causa que el juez Garzón había estado documentando entre 2008 y 2010.

Este proceso iniciado por Garzón, y las investigaciones correspondientes, se detenían de forma un tanto inexplicable en el año 52. Por lo que, de todas formas, hubiera sido inservible para los presos políticos del tardofranquismo. Pero en el transcurso de su constitución y consolidación como asociación, cuando todavía andaban definiendo el porqué de La Comuna, llegó a su conocimiento otra causa iniciada en Argentina el 14 de abril de 2010 por algunos represaliados republicanos afincados allí, y por varias asociaciones de derechos humanos y de presos y desaparecidos argentinas. De repente el para qué, como acción de futuro, quedó claramente definido para los miembros de La Comuna. Un objetivo claro y concreto: acabar con la impunidad del franquismo a través de una querrela judicial iniciada en otro país, pero basada en los principios de la justicia universal y en la imprescriptibilidad de los crímenes contra la humanidad y los derechos humanos.

Así, desde finales de 2011 y durante todo 2012, la actividad de la asociación ha venido presidida por el intento de llevar a buen puerto la querrela argentina. Los expresos recogieron numerosa documentación, que incluía expedientes judiciales tanto del TOP como de tribunales militares, informes y fichas policiales, expedientes de las prisiones, etc. A esta documentación, añadieron sus testimonios personales, una labor que para muchos no fue fácil de realizar. Y así, en abril del 2012, una delegación de la asociación viajó a Argentina junto a miembros de una asociación de expresos paralela formada en el País Vasco, llamada Goldatu, para entregar sus causas como querellantes y entrevistarse con la jueza María Servini de Cubría.

De este viaje obtuvieron el compromiso de la jueza de venir a España a recoger más testimonios y a tomar declaración a los demandantes de la querrela. Los objetivos de la querrela quedaron además claramente definidos: anulación de todos los procesos judiciales incoados por los tribunales de excepción del franquismo, tanto militares como de orden público; enjuiciamiento, y emisión de órdenes de búsqueda y captura para policías, jueces, ministros, militares, ladrones de niños y empresarios que se aprovecharon del trabajo esclavo durante la dictadura; y cuestionamiento jurídico de la ley de amnistía, basándose en los principios de la justicia universal. Un cuestionamiento que a principios de este año ya fue claramente manifestado por la oficina de la Alta Comisionada para los Derechos Humanos de la ONU, Navi Pillay.

Inesperadamente, y tras unos meses de frenesí para su preparación, la jueza anuló el viaje a España, y únicamente se celebró a principios de octubre un gran acto en el que se reunieron a diversos artistas y múltiples testigos, víctimas y resistentes del franquismo. La celebración estaba justificada, puesto que a pesar de que el viaje se había frustrado, la querrela sigue adelante y hay muchas esperanzas puestas en ella.

Así, un deseo y una esperanza de justicia que se lanzan hacia el futuro, como la fuerza fundamental para acabar con la impunidad del franquismo. En los próximos meses veremos varias acciones en este sentido.

## **El ecosistema de la memoria, la red AQUA y otras luchas de plena actualidad**

El campo de la memoria puede ser descrito con distintas metáforas, ya sea un campo de batalla, un mercado, un ecosistema... Como ya señalamos, la labor de integración de distintas fuerzas políticas en la asociación La Comuna, como el PC o CC OO, ha tenido hasta ahora un éxito relativo, ya que no siempre se ha llegado a un entendimiento claro y decidido con otras organizaciones, como la Plataforma contra la Impunidad del Franquismo, o la Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica, debido al desencuentro de perspectivas, las incomprensiones y las diferencias de criterio sobre cómo construir una memoria del antifranquismo. Estudiar este ecosistema

requiere un análisis de alianzas inestables y de conflictos permanentes, no solo ideológicos sino también personales.

Aún así, la determinación de objetivos a corto y medio plazo permite una cierta unidad de acción. En este sentido, la querrela argentina está jugando un papel importante y eficaz, que posibilitó desde la primavera de 2012 la constitución de una red de apoyo a la querrela argentina, o red AQUA, en la que se integran no solo asociaciones y distintos movimientos por la memoria, sino todo tipo de organizaciones y asociaciones de paz, de derechos humanos, de vecinos, ecologistas, ciudadanas, republicanas, ONGs, etc. Lo que dota en este caso de una unidad al conjunto no es tanto una convergencia ideológica como una unidad concreta de acción, por la que las distintas estrategias por una mayor presencia en el ecosistema o el mercado de la memoria, se ven subsumidas en una estrategia común enfocada a acabar de la impunidad del franquismo.

Divergencia ideológica, pero unidad en la acción. Las dificultades que presenta un proceso de integración ideal entre distintos movimientos y enfoques sobre la memoria, se ven superadas gracias a una estrategia común que deja otras luchas y otros conflictos en un segundo plano. En este punto ya no son tan importantes el lugar, la huella, la subjetivación y la narrativa de cada colectivo; no es una lucha entre distintos porqués, sino la colaboración por un mismo para qué. Es en el deseo de justicia lanzado hacia el futuro donde la integración entre movimientos se hace más fuerte y se constituye como red.

Y es también gracias a una perspectiva de futuro, donde la asociación La Comuna encuentra el engarce con otros movimientos como el 15M, que vienen a cuestionar el sistema de representación política actual, que se oponen a los excesos de un neoliberalismo desbocado, que denuncian la desproporción represiva actual contra los movimientos sociales de protesta. Varios miembros de La Comuna se ven reflejados en el movimiento asambleario del 15M, y traen a la memoria referentes históricos como mayo del 68. Se recuperan posibilidades no realizadas del pasado, y se manifiesta el deseo por un mundo mejor. Porque hay que recordar que la disidencia de extrema izquierda durante el tardofranquismo no solo combatía la ausencia de libertades del fascismo, sino también la falta de igualdad que genera el capitalismo. Un capitalismo de plena actualidad y un fantasma del fascismo que asoma por el horizonte de la crisis. Por eso, ahora más que nunca, las huellas, el deber y los deseos de una memoria de la solidaridad comunitaria se activan para resistir una vez más, para abrir espacios ciudadanos de debate y reflexión, para crear nuevas reglas de juego a partir de la crítica a una Transición ya caduca.

**Mario Martínez Zauner** investigador becario en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC e integrado en La Comuna prácticamente desde su constitución.